

# ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA



# ANUARIO 31

LA PAZ - 2022



# ANUARIO

31

Academia Boliviana de la Lengua  
Correspondiente de la Real Española

2022

# **ANUARIO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA**

**Correspondiente de la Real Española**

**Volumen 31-2022**

## **Cordinador del Anuario**

Hugo César Boero Kavlin

## **Concejo Editorial**

Hugo César Boero Kavlin

Blithz Lozada Pereira

Tatiana Alvarado Teodorika

Juan Javier del Granado y Rivero

## **Diagramación y diseño de tapa**

Alvaro Velasco Delgadillo

Academia Boliviana de la Lengua

Correspondiente de la Real Académia Española

c/o Universidad de Aquino – Bolivia.

c. Cap. Ravelo. Pasaje Isaac Eduardo, 2643.

Casilla 12175. Teléfono: (591-2) 244-5381

Correo electrónico: [aboldelalengua@gmail.com](mailto:aboldelalengua@gmail.com)

Página web: [www.academiadelalengua-bo.org](http://www.academiadelalengua-bo.org)

La Paz, Bolivia

Depósito Legal N° 4 -1-1828-2023

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión ecológica

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2022

---



# Discursos de ingreso



---

# La autenticidad de la voz literaria

Respuesta a D.<sup>a</sup> María Cristina

Botelho Mauri

| D. Juan Javier del Granado y Rivero

Todos conocemos el consejo de Polonio a su hijo Laertes en Hamlet (I, 3): «Ante todo, esto: Sé fiel a ti mismo», pero pocos vivimos el ideal de la autenticidad, pocos nos conectamos con nuestro propio interior, con la parte nuestra que siente, desea, sueña, necesita.

Hoy, estamos de fiesta en la Academia Boliviana de la Lengua; este día, la alegría opaca cualquier motivo de tristeza, porque ingresa a nuestra corporación María Cristina Botelho Mauri. Su ingreso está precedido por una presencia activa en la Academia Norteamericana de la Lengua Española, como adscrita al capítulo de Indianápolis. Hoy, ella es la voz más auténtica de la literatura boliviana. Si hay en la narrativa y en la poesía de nuestro país una voz nueva, una voz de mujer que no sea un eco de la de otro, es, desde luego, la suya.

En ella se resume el verdadero Yo que debe existir, al menos como una potencialidad, en cada uno de nosotros. El psicólogo Donald Winnicott, siguiendo a Freud, consideró al verdadero Yo como el único sujeto capaz de ser creativo y espontáneo; este vívido Yo se expresa en la niñez y se reprime en la adultez. Este ser espontáneo y creativo —que tiene una expresividad propia—, y su experiencia de sentirse vivo, conforman el núcleo de lo que podría designarse como la autenticidad.

Es un Yo que rehúsa entregarse al conformismo o seguir el deambular de la muchedumbre. Como nos recuerda el teólogo danés Søren Kierkegaard en *La enfermedad mortal* (1849), perderse a sí mismo en la masa de hombres «es el mayor peligro de todos cuantos existen». Constituye un acto de infidelidad para con uno mismo, al verse el individuo como una pura potencialidad no realizada y no tener el valor para ser el que uno es.

En la jerga de poseerse o *Eigentlichkeit* acuñada en *Ser y tiempo* (1927), por el controvertido filósofo alemán Martin Heidegger —quien atentó contra la lengua de Goethe y se entregó en cuerpo y alma al colectivo nazi—, es el poder-ser-sí-mismo o *Selbstseinkönnen*, cuando el ser-ahí o *Dasein* no se sumerge en ese uno inaseñalable o *das Man* y renuncia a su libertad radical, comprendiéndose por lo que hace y no por lo que es, en un movimiento de caída en el mundo o *Verfallen an die Welt*, que sólo una actitud vigilante y firme de estar a la muerte o *Sein zum Tode* podrá detener.

O como lo explica el poeta menos intelectual y más original de su generación, el estadounidense E. E. Cummings: «No ser nadie más que tú mismo en un mundo que hace día y noche todo lo posible por convertirte en otra persona, significa librar la batalla más dura que cualquier ser humano pueda librar y no dejar de luchar nunca».

Ésta es la actitud de vigilia que María Cristina lleva a la práctica con fervor en su obra, la misma que se percibe en su reciente producción literaria: ante todo, es una condensación de gran efecto de su íntima voz, de un lirismo propio que se encadena a un Yo solitario que ha encontrado su expresión verdadera. Resume una voz auténtica y personal, incluso cuando repite otras voces y las rehace en un diálogo abierto con la tradición narrativa y poética propia.

Así, en su cuento «Árbol de la eternidad», publicado en su colección *Los árboles de hielo* (2022), nos narra «una aventura solitaria», que ocupa «un

espacio diferente». Pisa «la hierba seca» y se embarca en una «inacabable travesía» de descubrimiento por la literatura. Sobre este espacio libresco, se alza un «cielo inalcanzable» que parece «un hueco profundo» de penas y olores, o un panorama abierto de alegrías y sonos, en torno a aquel frondoso tronco de hojas perennes —quizás el jorori—, entre cuyo follaje los pájaros entonan su arpegio delicado de gorjeos a la diosa chiquitana Qui-pozi, columpiando en un vacío interminable que se pierde en la lontananza «detrás de la nada».

María Cristina se halla «estremecida en un bazar conformado por frases y poemas», y «un librero infinito» nace de las letras que ascienden. No son aquéllas, tales como la be, la de, la efe, la hache, la ele, la te y las mayúsculas, que son más altas que las otras; ni aquéllas, que abren sus alas y forman la uve y la doble ve para tomar el vuelo. Todas las letras deletrean en el aire historias y poemas alados y se deslizan «como si se tratase de hojas arrancadas por el viento», o como las generaciones de los hombres, que Platón compara a las hojas que caen en el otoño. Una vez que se colocan en el texto, las letras que fija la escritura no son caedizas, *decidua*; durán todo el año, *perennis*. Por los siglos resultan persistentes, *persistentia* —aunque eventualmente lleguen a conformar «alfabetos desconocidos» para nosotros, y nos veamos obligados a descifrarlas como los jeroglíficos—.

Ella escribe arduamente «como si el tiempo quisiera escaparse y las ideas fuesen a evaporarse», pues, teme convertirse «en una sombra más» que no deje «una huella que pudiera identificarme».

Su voz auténtica y personal retumba en el espacio y atraviesa la niebla. Lo que no significa que no beba, a su vez, de una tradición literaria milenaria. Recuerda al Petrarca, a los dos Garcilazos, y a Cervantes, quien escribía «historias de caballeros y damas navegando en barcos de papel». Siente brotar del pecho «un gemido largo, un llanto contenido» y los colibríes



le hablan «en una lengua dulce» —quizás el guaraní «que aprendí en mi primera infancia»—. A la par, se estremece ante Jaime Sáenz «con su abrigo largo y sus anteojos, pálido como el sebo de una vela, semblante de vate somnoliento, tufo de alcohol y grandeza, hálito de poeta nocturnal y taciturno».

El desafío de la autenticidad para ella es encontrarse y volver a ser quien fue a través de «nombres, lecturas y vigiliass», detrás de los abanicos, el tabasco rapé y los miriñaques almidonados de un pasado literario que «nunca se fue» y que la mece en el «sopor de un sueño eterno».

La misma vigilia libresca continúa en los poemas que reúne en su colección *El viento y yo* (2022). En «El libro de la ausencia», el sueño está «trasnochado» por «la sombra que persigue» al recorrer los parajes «circunflejos» de la geometría y los números, pues recuerda que «se burlaron las tablas» de ella, durante aquellos «felices días de la infancia», e intenta recuperar aquel «retazo de tiempo» perdido, cuando «[l]a maestra y el compás» ensayaban «figuras y signos», y «a pesar, de la imperfección matemática» de aquella temporada de su vida, anda en pos de «aquel Yo, que me falta». Y en «Que nadie me diga que no soy la misma», se reconoce y exclama que «veo a mi Yo / como un fantasma arrodillado» entre los «Yoes de la eternidad», mientras «duermo una siesta larga / soñando en mí misma».

No es fácil con excepcional destreza literaria ser fiel a sí misma y llegar a tener una voz auténtica y propia —como pocos escritores logran—, cuando se crece a la sombra de una figura tan relevante de las letras y la cultura como fue Raúl Botelho Gosálvez, quien, joven aún, se avencinó en la localidad de Warisata y roturó un camino poco transitado, hasta entonces, en el terreno de la educación indígena; años después, tuvo una fecunda actuación pública como canciller de la república y defensor de la causa marítima boliviana. Él también tendría que haber ocupado una silla, pero

las circunstancias frustraron este acto de justicia. María Cristina, siempre auxiliada por el alto ejemplo que tenía ante los ojos, una vez quiso seguir la huella de su progenitor, pero no se conformó y, aunque los demás no la comprendieron, sintió la obsesión de ir afirmándose en su propio estilo y abrió su propio camino literario para convertirse en la voz auténtica que es hoy. Ella no es costumbrista ni se preocupa por la representación del paisaje nacional como don Raúl o como tantos otros escritores de esa generación; tiene una voz nueva, una voz que conmueve al oyente y lo sorprende, una voz que arranca el aplauso con la última letra que asciende y se coloca en la última palabra escrita por ella.

La Paz, a 13 de octubre de 2022

Academia Boliviana de la Lengua  
Correspondiente de la Real Española





ANUARIO  
31